

Héctor Pedro Blomberg

La negra y la mulata en la poesía americana



LOS poetas de América, de las tres Américas, han dedicado a la mujer de color poemas que muchas veces alcanzaron acentos de un lirismo pujante.

Cerca de una centuria atrás, Longfellow, que compartía con Walt Whitman el cetro de la poesía americana, en sus «Poemas de la esclavitud» cantaba las obscuras tragedias de «La madre esclava» (The Slave Mother), huyendo de sus crueles perseguidores con el atezado bebé en sus brazos desesperados.

¡Ven, hijo mío! No te arrancará de mi regazo,
He dejado mis lágrimas sobre las hierbas
Junto con mis pisadas sangrientas...

y en las estrofas musicales de «La muchacha cuarterona» («The Quadroon Girls»), la de la bella mestiza de quince años vendida por su propio padre a los negros de las plantaciones:

No pensó que su sangre corría por tus venas
Cuando te llamó y te entregó al mercader de esclavos
A cambio de un puñado de monedas . . .

Por el tiempo de Lincoln, en vísperas de la guerra de Secesión, y hasta los últimos años del siglo, las baladas de los negros, suspirantes de amor, llorosos de nostalgia, se recitaban y cantaban en los Estados del Sur, en labios de blancos y negros.

He aquí la más famosa de estas baladas, titulada «The Belle of Tennessee»:

Ahora escuchadme, negritos,
Y tened lástima de mí:
Os contaré de una muchacha negra
Que vive en el Tennessee.
Sus cabellos son oscuros y rizados,
Sus dientes blancos como las perlas
Y sus ojos resplandecientes como estrellas
En medio de la noche.
¡Oh, Rosa, mi bien amada,

Mi corazón aun late por ti,
La única mujer negra que yo amo
Es la bella del Tennessee.
No me habléis de Susana,
La flor negra de Nueva Orleans,
Ni de Lucy, la linda mulata de la Carolina del Sur,
Porque ninguna es tan hermosa como Rosa,
La bella de Tennessee . . .

Entre los modernos poetas de color de los Estados Unidos, Countee Cullen sobresale por su emoción y originalidad. Es a él a quien se debe este breve poema que tiene por título «A una muchacha negra».

Los desdenes de esta muchacha morena
Exaltan su hermosura de reina;
No contengas el fuego de tu sangre
Ante tu belleza incomparable,
Porque la dicha mora
En el orgullo y la pureza de su carne de ébano,
Y sus labios conocen mejor los besos
Que los himnos religiosos de los blancos.
Y cuando su cuerpo se mezcle con la tierra
Que la primavera enciende de frescura,
Nadie vendrá a preguntar
Si su carne era blanca o era negra.

Gwendoly Bennet, otro moderno poeta de color de Tejas, incluido también, como Countee Cullen, en la «Antología de la poesía negra americana», de Ildefonso Pereda Valdés (Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1936), es autor de la siguiente composición que lleva el mismo título que la anterior:

Te amo porque eres morena
Y por la gloria de tu cuerpo negro.
Te amo por la frágil tristeza de tu voz
Cuando bajo la sombra de tus párpados reposa.

Alguna antigua y olvidada reina
Acecha en el abandono de tu andar,
Y alguna esclava indolente
Llora en la música de tus palabras.

Muchacha morena nacida para tristes nupcias,
Conserva lo que tienes de reina en tus maneras,
Olvida que alguna vez fuiste esclava
Y deja que tus gruesos labios sonrían al destino.

Langston Hugues, el más grande de los poetas de color americanos, nacido en Missouri, en 1902, escribió escribió esta «Canción de una muchacha negra»:

Allá lejos, en el Sur,
(Se me parte el corazón)
Ahorcaron a mi amado, porque era negro,
En un árbol del camino.

Allá lejos, en el Sur,
(Cadáver balanceante)
Pregunto al blanco señor Jesús
De qué servía la oración.

Allá lejos, en el Sur,
(Se me parte el corazón)
El amor es una sombra desnuda
Colgada de un árbol retorcido.

Charles MacKak, poeta negro de Jamaica, trasplantado a los Estados Unidos, es el autor de las bailarinas negras del Harlem:

Hasta las mujeres blancas
aplaudían tu cuerpo desnudo y perfecto.
Tu voz era como el sonido de las flautas
De los negros de las plantaciones.

Bailó y cantó graciosa y tranquila,
Con las flotantes gasas sobre sus formas,
Me pareció una palmera flexible y majestuosa
Embellecida después de una tormenta.

Sobre su cuello moreno
Caían profusamente brillantes ondas
Y agitadas monedas de estímulo.
Los hombres y mujeres la miraban
Con admiración y con asombro.
Pero, observando su sonriente rostro huraño,
Yo sabía que ellos no estaban en aquel extraño ambiente...

Jacques Roumain, poeta y novelista de Haití, recordado también por Pereda Valdés, ha cantado en francés las mujeres de su raza:

¿Conoces el dulce sortilegio del pasado,
Un río que te lleva de los bancos de arena
y te conduce hacia la selva ancestral?

Escucha esas voces: cantan la tristeza del amor.
Oye el tam-tam en la montaña,
Palpitando como el pecho de una muchacha negra...

Hace un siglo, Gabriel de la Concepción Valdés, el poeta mulato que hizo célebre su seudónimo de Plácido, y murió fusilado en 1844 porque soñaba con la libertad de su patria, Cuba, publicó su famosa letrilla «La flor de la caña», que desde entonces figura en las antologías de la poesía hispanoamericana, y hasta en los libros escolares del continente.

«La flor de la caña» es un canto de amor a una mulata de los tabacales:

Yo vi una veguera
Trigueña, tostada
Que el sol, envidioso
de sus lindas gracias,
O quizá bajando
De su esfera sacra,
Prendado de ella
Le quemó la cara,
Como el sol que abrasa
En julio y agosto
La flor de la caña.

Veguera preciosa
De la piel tostada,
Ten piedad del triste
Que tanto te ama:

Mira que no puedo
 Vivir de esperanzas,
 Sufriendo vaivenes
 Como flor de caña . . .

Cubano, y de color, como Plácido, es el moderno Marcelino Arozarena, autor del vibrante poema en el que canta a la mulata Caridad:

¿Por qué no viene a la bacha la rumbera Caridá,
 Con su risa guarachera de mulata sandunguera,
 Cuando la rumba delira,
 Llama, rabia, grita y gira,
 Percutiendo poderosa sobre el parche del bongó?
 Este diablo de mulata resquebraja la cintura
 Y la exprime en la dulzura del sabroso granguancó. . .

La mulata Caridad del poema de Arozarena tiene una hermana cubana también, que desde hace varias generaciones vive en la poesía popular de Hispanoamérica. Es la mulata Trinidad, a quien, por alguna reyerta femenil en la vía pública:

entre dos la sujetaban
 y a la cárcel la llevaban
 por orden de la autoridad . . .

En esta canción famosa, que todavía se canta en los países de habla española, su obscura heroína llora ante el juez como una princesa prisionera, y es el juez quien

se enamora y termina casándose con la linda y diabólica mulata...

La poesía popular de las Antillas abunda en composiciones en las que se exalta el canto de la mujer de color. Recuérdese que fué una mulata antillana a quien hizo célebre el amor de Baudelaire.

Llegando a la América del Sur, volvemos a encontrar la musa negra en los bambuzos de Colombia:

[Qué triste que está la noche!
La noche, [que triste está!
No hay en el cielo una estrella!
[Canta, mi negra, cantá!

Uno de los virreyes más galantes del Perú (y vaya si los hubo galantes, desde el Príncipe de Esquilache hasta el magnífico Amat y Juniet, el de la Perricholi...), don Melchor Porto Carrero, conde de la Monclova, sentíase tan atraído por las «beldades de color canela», como las llama Ricardo Palma en sus célebres «Tradiciones peruanas», y eran tan ruidosos sus amores, que las mulatas limeñas reinaron, o mejor dicho, «virreinaron» durante largos años en la poesía popular del Perú.

Eran las famosas «Mulatas del virrey».

Tanto pueden los hechizos
de las hijas de las negras,
Que las blancas no son nada,
Y las mulatas, virreinas...

Dice Carlos Octavio Bunge en su libro «Nuestra América» (Ensayo de Psicología Social, Buenos Aires, 1903), que las palabras «mi china», y sobre todo «mi negra», son expresiones de suprema ternura en los pueblos hispanoamericanos, y trata de explicarlo afirmando que la sangre africana entronca admirablemente con la española, al menos con las de los españoles del Sur, porque los iberos primitivos eran en parte inmigrantes de Africa; fueron afro-europeos.

Las palabras «mi negra», «mi negrita», se encuentran hasta en las expresiones más altas de la lírica rioplatense contemporánea (B. Fernández Moreno, Fernán Silva Valdés), y también en la poesía popular de ambas riberas desde hace generaciones, tanto en la tierra oriental, que sirvió de refugio a los esclavos fugitivos del Brasil desde el tiempo colonial, como en nuestros campos, donde la raza africana ha desaparecido casi por completo.

En el Brasil la poesía negra, en su aspecto popular, es sumamente rica. Viene del fondo del folklore lusobrasileño con los «chorados» ardientes y tristes, en los que se cantan los amores y las traiciones, las pasiones y los desengaños de las «criollas» (negras puras), y de las «fulas», «cabrochas», «cafusas», «curibocas», «mulatas», como se designa a las descendientes de negros, según el grado de mestización.

Son canciones de los «mocambeiros», los esclavos fugitivos que añoraban las obscuras mujeres de amores,

que quedaban en poder del amo blanco, o del «feitor», el capataz cruel, y a quienes nunca volverían a ver.

Coelho Netto, en su epopeya «Rey Negro», cita algunas de estas canciones, así como las «modinhas», aire popular que corresponde a nuestras vidalas y que siempre tiene por tema el amor, el engaño o el recuerdo de una mujer de color nunca olvidada.

Jorge de Lima, uno de los poetas modernos más brillantes del Brasil, atraído por el tema de la poesía negra, como tantos otros de raza blanca en América, incluye en sus «Poesías escolhidas» el siguiente poema, cuya traducción, acompañada por notas explicativas, me ha sido gentilmente facilitada por su compatriota el comediógrafo Oduvaldo Vianna, residente en Buenos Aires, titulado «Era negra Fuló»:

Aconteció que llegó,
De esto hace mucho tiempo
Al «bangué» (1) de mi abuelo
Una negrita muy linda
Llamada «la negra Fuló».

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

(1) «Bangué»; nombre con que se designaba en los ingenios azucareros del nordeste del Brasil a los galpones donde se alojaban los negros esclavos.

— ¡Oh, Fuló! ¡Oh, Fuló!
 (Era la voz de la señora)
 — Anda a hacer mi cama,
 Ven a peinar mis cabellos,
 Ayúdame a sacarme la ropa,
 Negra Fuló.

¡Esa negra Fuló!
 ¡Esa negra Fuló!

La negrita Fuló
 Se quedó como mucama,
 Para cuidar a la señora
 Y planchar la ropa del señor.

¡Esa negra Fuló!
 ¡Esa negra Fuló!

— ¡Oh, Fuló! ¡Oh, Fuló!
 (Era la voz de la señora)
 — Ven a abanicarme, Fuló,
 Porque tengo mucho calor,
 Ven a hacerme «cafuné» (2),
 Ven a mecer mi hamaca
 Que tengo mucho sueño, Fuló.

¡Esa negra Fuló!
 ¡Esa negra Fuló!

(2) «Cafuné»: rascar suavemente la cabeza de los niños para hacerlos dormir. Es vocablo africano.

Ven a contarme un cuento,
—¡Oh, Fuló! ¡Oh, Fuló!
(Era la voz de la señora)
—¡Dónde está mi frasco de perfume,
El que tu amo me mandó?
¡Fuiste tú quien me lo robó!
¡Fuiste tú quien me lo robó!

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

El amo fué a ver cómo la negra
Era castigada por el «feitor» (1).
La negra despojóse de su cabecáo (2)
Y el señor dijo: ¡Fuló!
Y la vista se le obscureció,
Lo mismo que a la negra Fuló.

¡Esa negra Fuló!
¡Esa negra Fuló!

—¡Oh, Fuló! ¡Oh, Fuló!
(Era la voz de la señora)
¿Dónde está mi pañuelo de encaje?
¿Dónde está mi cinturón y mi broche?

(1) «Feitor»: cargo equivalente al de capataz en los obrajes argentinos, pero con mayor autoridad. Solían distinguirse por su crueldad hacia los esclavos.

(2) «Cabecáo»: prenda de vestir semejante al «tipoy» de las paraguayas, camisa-túnica que se quitaba por debajo.

¿Dónde está el rosario de oro
 Que tu señor me mandó?
 ¡Fuiste tú quien me los robó!
 ¡Fuiste tú quien me los robó!

¡Esa negra Fuló!
 ¡Esa negra Fuló!

El amo fué a castigar él mismo
 A la negrita Fuló.
 La negra se despojó de su «cabecáo»,
 Y saltó de ella, desnuda,
 La negrita Fuló.

¡Esa negra Fuló!
 ¡Esa negra Fuló!

—¡Oh, Fuló! ¡Oh, Fuló!
 (Era la voz de la señora)
 ¿Dónde está tu señor,
 El que Nuestro Señor me mandó?
 ¡Fuiste tú quien me lo robó!
 ¡Fuiste tú quien me lo robó!

¡Esa negra Fuló!
 ¡Esa negra Fuló!

Lo pintoresco de este poema, advierte el traductor, reside en la propiedad del lenguaje típico utilizado por el poeta. Yo agrego por mi cuenta que es un canto al atractivo físico de la mujer de color, como tantos otros

que se encuentran en la poesía americana de todas las épocas.

«La Chepa Leona», mulata porteña del tiempo colonial, no alcanzó los honores de la poesía. Pero en un libro que puede considerarse como clásico, sus encantos y sus devaneos han sido evocados con gracia y con verismo por uno de los grandes escritores argentinos del principio del siglo, Juan Agustín García.

Durante la época de Rosas, los veinte mil negros que había en Buenos Aires estaban divididos en quince «naciones» o «tambos», de los que el restaurador y su hija Manuelita eran patronos, emperadores, reyes y presidentes. («Rosas y su tiempo», Juan María Ramos Mejía, Buenos Aires, 1907).

El negro, sobre todo la negra y sus «derivados», pardas, mulatas y cuarteronas, reinaban en el elemento popular. Las tradiciones domésticas han recogido los nombres de algunas pardas muy bellas que despertaron pasiones entre los blancos y que fueron cantadas en versos que yo alcancé a escuchar en labios de una negra casi centenaria:

Muero por ti, porque tu faz morena
Me ha traspasado de fatal pasión...

Vicente G. Quesada afirma que el candomba, la auténtica fiesta negra, desapareció definitivamente de Buenos Aires allá por 1885. Pero en las colecciones de los periódicos redactados en verso desde 1830 has-

ta 1838 (véase mi libro «Los poetas de la tiranía»), pueden encontrarse algunos que llevan nombres de mujeres negras y en cuyas páginas abigarradas pueden leerse composiciones dedicadas a las inquietas mulatillas de la Federación, escritas varias de ellas en la jerga pintoresca de los morenos porteños, salpicadas de términos africanos.

Las reinas negras del tiempo de Rosas...

Vestidas de percales multicolores, ceñidas las motas con las «triunfa», el turbante rojo de las atezadas soberanas de las aldeas de Africa, resplandecientes de joyas de quincaya, con su cortejo de negros pavorosos, también tuvieron sus poetas:

Dominga, reina de los candombes,
 Enséñame la copla de la parda Balcarce,
 Que el carnaval de Rosas esta noche se acaba
 Y mi guitarra quiere cantarte...

Eran las musas negras del Barrio del Tambor.

Fué el argentino Arturo Capdevilla quien debía cantar en castellano a la negra más famosa del mundo, nacida en América, en su «Canción de la bailarina negra»:

Un divino demonio, ¡oh, Buenos Aires!
 Viene cruzando el mar.
 Un demonio-mujer que Venus de Ebano
 Se hace llamar.
 Televisión del negro báratro.
 Negro azahar.

Reinó en París. Endemoniado
Dejó por siempre el bulevar,
Y enloqueció con sus piruetas
El Casino y el bar.
Se sabe llamar la Venus de Ebano.
Y sacrifica efebos en su altar.
Fragancia densa del infierno.
Negro azahar.

¡Ay! ¿Qué será de ti, calle Corrientes,
Con esta furia que ya cruza el mar?
Se llenarán de diablos los hoteles,
De oscuros diablos de Ultramar.
Sí, de Astarotes y Asmodeos,
(¡Tamborileros, a tamborilear!)
Y el mandinga y el congo
Serán latines para orar.
Ya da lascivia los violines
Lloran su pena singular.
Mujer-demonio. Venus de Ebano.
Negro azahar.

«¡Viva la reinal», gritó el diablo
Más sabio de Madagascar,
Y dió cien mil saltos mortales
En la meseta de Ahaggar,
Y aun fué a arrojarse de cabeza
Sobre Dakar.

Para anunciar a los demonios
Que ya esa reina iba a reinar.
¡Ay! ¿Qué será de ti, calle Corrientes!,
Cafarnaum hecha bazar,
Ni dónde está el obispo
Que te sabría exorcizar?
Ayer gritaban por las calles:
(¡Tamborileros, a tamborilear!)
Sonad y sacudid todos los címbalos
Cuando se éche a bailar.

Dicen que a lomos de una cebra
Entrará tal como un aduar,
Por estas calles, Buenos Aires,
Toda de negro fuego,

Y todo venía dando voces,
Con un gran lienzo verdemar:
¡Rey Salomón de las idolatrías,

Tú, pescador sin par,
Tú, Salomón, tú la querías
Desposar!

(Que me perdone Josefina Baker
Tanta mentira de juglar,
Ella que al fin ha de ir al cielo
Con la blancura ya ejemplar
Del lirio bueno de su risa
Y de su alma de azahar...)

Marion Anderson también es negra y nacida en América, como Josefina Baker, y ha conquistado el mundo de los blancos con el milagro de su voz maravillosa.

Los poetas americanos, blancos o negros, algún día la cantarán.

El que esto escribe publicó hace varios años, en estas mismas columnas de «La Nación», un poema dedicado a una mujer de color, poema que terminaba con estos versos que ponen fin a este artículo sobre la musa negra en la poesía americana:

La lluvia descendía sobre el puerto dormido,
La lámpara arrojaba su extraña claridad.
Yo veía palmeras y lunas tropicales
En las turbias pupilas de la negra del mar.